

PROLOGO

Quisimos los participantes al II Coloquio de Historia Canario Americana (1977) que el próximo se celebrara en 1978. Así lo decidimos por dos razones; primero, para lograr su definitiva consolidación no dejando apagar las brasas y los esfuerzos que se habían prodigado y prometían multiplicarse, segundo, porque en 1978 la ciudad de Las Palmas celebraba sus primeros 500 años de vida. Esa circunstancia determinó, también, que se ampliase la temática del Coloquio. Diose cabida a toda la historia insular y, en especial, se solicitaron trabajos centrados en la ciudad de Las Palmas. A ella había que rendirle honores en su cumpleaños. Y se le rindieron. Tal vez no tantos como se merecía. Como si se temiese subrayar su españolidad. El III Coloquio fue uno de esos homenajes y el conjunto de colaboraciones expuestas y discutidas en el mes de octubre de 1978 dentro de la Casa de Colón y que integran estos tomos son la prueba palpable y visible de ese rendimiento que le hicieron historiadores españoles y algunos extranjeros.

Por otra parte, como organizador y coordinar de los Coloquios deseamos situar en este umbral y como homenaje a nuestra ciudad de Las Palmas lo que una noche del mes de junio dijimos en la Plaza de San Antonio Abad, donde la urbe nació. Evocando la fundación, acontecida un 24 de junio de 1478, dijimos:

Los fundadores fueron unos seiscientos hombres. Traían treinta caballos. Zarparon del Puerto de Santa María y eran expertos guerreros, pues muchos habían quedado libres tras la batalla de Toro. Sus jefes: el leonés Juan Rejón; el sevillano y clérigo Juan Bermúdez; el aragonés Alonso Jaimes de Sotomayor, alférez mayor de la empresa; el gallego Alonso Fernández de Lugo..., etc.

Amanecieron el 24 de junio, día de San Juan Bautista, en la rada de las Isletas. El deán Bermúdez ofició una misa y les animó. Inmediatamente, la oficialidad formó sus escuadrones y envió por delante

una serie de espías en avanzada exploradora. «Y ellos —dice la crónica primitiva— se fueron marchando poco a poco en orden tras las banderas y las espías que iban delante tomaron un canario biejo, que en aquel tiempo estaua mariscando a la orilla del mar, el cual trujeron luego a la bandera y, entre otros auisos y consejos que dio a los nuestros, les dijo que sentasen su Real en un lugar que les enseñó que se desía Geniguada, que hera lugar fuerte y eminente y a la vista del puerto y sus navios, con agua bastante y el río de Geniguada o barranco que llevaua agua perpetua a la mar, que pasava al pie deste sitio, el qual se dise aora la ciudad del Real de Las Palmas...».

Fue, pues, un indígena quien escogió este emplazamiento, cuna de la actual ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. El jefe de la hueste, Juan Rejón, pensaba proseguir hasta Gando, paraje que les era familiar a los castellanos. Pero el viejo indígena cambió el designio del capitán y señaló esta terraza a cuya vera se erguía un bosque de palmeras y corría un torrente de agua. Para la Mitología griega o romana, empeñada en explicar los nebulosos orígenes de algunas ciudades, el viejo pescador canario hubiera sido identificado con un dios.

En las mentes de aquellos castellanos andaluces llenas de horizontalidad, el sitio escogido les debió de parecer pasable o provisional, bueno para un campamento, pero inadecuado para el escenario de una ciudad.

La elección de un lugar donde había que establecerse una población era uno de los puntos que más subrayarían las posteriores disposiciones reales (1523). Se comprende este celo a la vista de inadecuados parajes —Isabela, Sevilla la Nueva, Caparra, Habana, Sta. María de la Antigua, Villa Rica de la Vera Cruz, etc.— que hubo que abandonar porque no garantizaban la permanencia de un centro urbano. Fue el azar, en forma de anciano, quien eligió el sitio de Las Palmas.

El viejo pescador se esfuma de la crónica primigenia, aunque relatos tardíos señalan que fue bautizado por el Deán y apadrinado por uno de los caudillos. Desechemos ahora la historia y amparémonos en la fabulación —es más hermosa en este caso— y aceptemos que el anciano indígena, providencial personaje, se desvaneció tan pronto como los castellanos comenzaron a construir su Real o campamento sobre el que, prontamente, se dejó sentir la amenaza avisora y amenazante de los escarmentados pobladores de la Isla. Escarmentados por palabras no cumplidas cuando toleraron la construcción de la torre de Gando. Desde el Norte y desde el Sur, los

canarios se descolgaron sobre el Real, defendiendo con fiereza su tierra. Los naturales no se sentían intimidados por la supremacía técnica (caballos y armas de fuego) que ya conocían, e irrumpieron sobre la empalizada, y la sobrepasaron, y se metieron entre los invasores que tuvieron la suerte de capturar al caudillo Adargoma. Fue la señal de reiterada. Con este primer encuentro o ataque, el Real había experimentado su bautismo de fuego y sangre y había sobrevivido a su nacimiento. Desde entonces han transcurrido 500 años.

El riachuelo —como en la primera fundación de Buenos Aires— fue en parte la causa de que se aceptara el enclave señalado. En el riachuelo Guiniguada, padre mitológico de la ciudad, como un Nilo, Tíber, Sena, Guadalquivir o Río de la Plata en miniatura... en el riachuelo, decíamos (que hemos preferido, primero, degollar y secar y, luego, enterrar sin estética alguna, antes que representarlo como una deidad de fluviales barbas) está parte de la razón de ser de la ciudad. El agua como hoy, fue y es un factor de pervivencias. Esta es una tierra que bien pudiera levantar un monumento al agua.

El mandamiento, en virtud de una capitulación, que los conquistadores llevaban, les encomendaba la conquista de un territorio, su ocupación y posterior fundación de ciudades. El mandamiento, al igual que las cartas pueblas medievales, encerraba las necesarias instrucciones y poder para realizar todo lo dicho. El milite, por eso, suele hacer que el poblado nazca por razones militares. Los vecinos serán soldados, sometidos a una disciplina militar. De ahí que la plaza de armas y el fuerte o torre, sean el centro principal del futuro núcleo urbano. El espíritu de conquista y castrense se refleja en el trazado regular, de calles tiradas a cordel y cortadas en ángulo recto, como si fuera una formación humana militar, que permite una fácil vigilancia y un cómodo traslado.

Las Palmas fue eso en el principal: un campamento con terraplén, torreones y con una cerca, barda o empalizada hecha a base de troncos de palmeras y tapial. Dentro, ranchos de paja y palmas con horcones.

El campamento quedó alzado como el Real de Las Palmas. Tala-das las palmeras, quedaron tres, recuerda la crónica, que servían de señal a los barcos que arribaban y a los pescadores que se hacían a la mar. Luego cayeron dos y quedó una. Para entonces el bosque había desaparecido y también el campamento. De él, como en Santa Fe de la Vega de Granada, brotó el villorrio, que se apropió el nombre de Las Palmas abandonado por el Real.

Si el 24 de junio, cuando se comenzó a construir el campamento,

hubiera habido fundación, de seguro que hoy nuestra ciudad se llamaría San Juan de Las Palmas o San Juan de Guiniguada, o San Juan de Canarias... Y en nuestro escudo tendríamos palmeras, perros y un cordero echado al igual que San Juan de Puerto Rico. Pero el 24 de junio de 1478 no hubo fundación.

No. No hubo fundación. Las ciudades entonces surgían:

a) Sin trazado o previo plano, aunque precedidas de una fundación. Caso de La Habana o Cartagena de Indias.

b) Mediante una fundación, a la que había precedido el trazado de la planta y elección idónea del sitio. Caso de Lima, cuya acta de fundación es bellísima.

c) En torno a un real de minas, sin fundación preliminar. Caso de Guanajuato o Potosí.

d) Sobre una antigua población indígena ya fundada. Caso de Méjico.

A causa de esto la tipología de las ciudades brinda los modelos denominados clásico o regular, semirregular, radial, irregular lineal y sin esquema definido. Las Palmas, sin la rigidez del modelo clásico, con un origen un tanto espontáneo, ofrece el modelo semirregular, marítima, con funciones militares que luego se convierten en administrativas y comerciales (puerto regional, más tarde puerto internacional). Las Palmas nació en un campamento, por cambio de éste. La ciudad fue una consecuencia de la transformación y evolución del mismo trazado castrense del real.

Algo de eso ocurrió en Santa Fe, aunque en Gran Canaria tuvo lugar antes que en Santa Fe. La planificación urbana dentro de un rectángulo cuadrículado, llamada planta hipodámica (de Hipodamo de Mileto), usada en la India y adoptada en Grecia en el siglo V a. de C., fue la que también usaron las ciudades etruscas trazadas según un plano regular de dos grandes calles perpendiculares: cardo y decumano. Las bastidas francesas medievales constituyen asimismo un ejemplo de urbanismo planificado. El nombre bastida procede del vocablo provenzal bastir, que equivale a plaza fuerte. El Real de Las Palmas fue una bastida, con su trazo regular en tablero de ajedrez o damas, que antecedió a Santa Fe. Se ha dicho que de Santa Fe a América no hay más que un paso, y que este lo dieron en 1496 y 1502 los fundadores (Bartolomé Colón) y remodeladores (Nicolás de Ovando) de Santo Domingo. Pero los tratadistas se han olvidado de Las Palmas, que fue antes. Antes que Santa Fe y antes que Santo Domingo. Fue, no lo olvidemos, la primera ciudad que Castilla alzó fuera del territorio peninsular.

Lo que en la futura Gran Canaria era un reto para el indígena —el real o campamento— y un refugio y punto de apoyo logístico para los conquistadores, dejó de ser este lugar provisional para convertirse en núcleo de irradiación colonizadora y primer centro urbano del Archipiélago.

Si no hubo fundación en 1478, nos preguntamos: ¿La hubo al acabarse la conquista? ¿Al elegir su Cabildo o Ayuntamiento tras la conquista y repartirse los solares se hizo un trazado y se realizó la fundación?

Las actas de fundación de ciudades son raras. A veces se han encontrado y a veces se conservan insertas en los acuerdos municipales. Si en Las Palmas hubo un documento fundacional al tiempo que se creaba el primer Cabildo y se hacía el repartimiento de solares, este se perdió cuando el ataque e incendio de 1599 o en los desastres del XIX. Pudo darse la ceremonia jurídica, ya que en el Libro Rojo y en las Ordenanzas del Concejo municipal de 1531 se llama ciudad de Las Palmas. Pero carentes del acta fundacional, hemos de considerar al primigenio campamento como base de la ciudad, haciendo la salvedad que cosa bien distinta a fundar una ciudad es establecer un campamento. En Las Palmas, y no como en Santa Fe a causa de un incendio, surgió primero el campamento que de provisional y por evolución se convirtió en el habitat fijo de los ex soldados y refugio de los indígenas y de los nuevos colonos que a la isla llegaban. El riachuelo, explica el campamento; el puerto cercano determinó la ciudad. De no ser por aquel viejo mariscador, un tanto mitológico, hoy la capital insular estuviera cerca de Gando...

Pienso que la efemérides es propicia para evocar lo que aconteció aquí hace 500 años. Aunque no hubiera fundación, nada ni nadie nos impide recrearla ahora.

La ceremonia fundacional era un acto jurídico, que implicaba la toma de posesión del lugar. En el sitio que ocuparía la plaza mayor se colocaba el rollo, horca o picota. El fundador, de gala, retaba o preguntaba si el establecimiento perjudicaba a alguien. Luego pronunciaba el nombre que llevaría la ciudad y manifestaba sus derechos y privilegios. A base del plano trazado previamente, se señalaba dónde se elevaría la iglesia y los solares repartidos cuyos dueños tenían ya sus nombres escritos sobre cuadrículas. Finalmente, el fundador, los oficiales reales, el escribano y los testigos suscribían el acta. Inmediatamente se nombraba a los personajes del Cabildo y se delimitaban los límites y términos de la ciudad. En nuestro caso éstos fueron toda la isla.

La ciudad, nuestra ciudad, sigue estando representada por Vegueta, donde residen su cabeza y corazón. Patios con aire de clausura. Calles donde aún es posible oír nuestros pasos. Farolas en casonas coloniales de lisas fachadas, severas portadas de piedra, balcones curiosos y acusadoras gárgolas. Plazoleta de San Antonio Abad. Torcido pasaje de Pedro de Algaba, como una angustia entre plazoleta y plazoleta. Calle de Colón por donde debió andar con su misterio a cuesta el futuro Almirante. Calle de los Balcones abajo o arriba para que corree el aire oceánico y la catedral vea el mar. Calles de la Herrería y Armas hacia arriba o hacia abajo con un extremo frustrado, que llevaban hasta el riachuelo. Calle del Espíritu Santo larga y afilada como una espada... Por aquí estuvo el campamento. Podemos lograr lo que buscamos: borrar lo actual. Darles vida a la empalizada y al muro de barro, troncos y piedras y a la torre vigilante o en vela. Al bosque de palmeras. Al riachuelo virgen. Al mar oliendo a mar. Más allá del torrente una llanura arenosa con el fondo de una bahía arropada por unas montañas oscuras, a cuya sombra se acogían las carabelas. Encima, casi encima, las lomas o riscos, detrás de los cuales estaban la sorpresa y el peligro.

Hoy Las Palmas ya no es una. No existe cohesión en su urbanismo a causa de la orografía. Por lo mismo se le torna muy difícil tener una sola alma como antaño. La ciudad que no contó con un novelista —Galdós prefirió ser el novelista de Madrid— aunque sí con poetas, hace tiempo que dejó de ser la urbe medieval encorsetada en sus muros. Pero aunque esas murallas delimitadoras no existan y el urbanismo haya crecido, incluso robándole espacio al Océano, la ciudad, nuestra ciudad, Las Palmas, continúa siendo nuestra ciudad. Las Palmas, continúa siendo Vegueta y algo de Triana, más alejado ya por mor de la tumba del Guiniguada.

Este trozo urbano representa las esencias históricas. La ciudad clásica, mediterránea; la ciudad con plazas y calles que pueden ser ágoras y esquinas donde aún unos amigos se detienen a conversar. Que es lo que estamos haciendo ahora mismo.

La ciudad que seguimos reduciendo al Barrio de Vegueta. ¿Qué será de ella en el futuro? ¿Quiénes celebrarán el milenio de su nacimiento? ¿Existirá el hombre? ¿Existirá Las Palmas? ¿Será la isla un peñasco deshabitado objeto de los arqueólogos? ¿Será la isla una única ciudad? El Barrio de Vegueta cantado y calificado por Tomás Morales de «tranquilo», «diferente en todo», «plácido y riente», de «pintoresco modo», dotado de una «paz callada» y una «dormina ausencia»... este barrio «fundación primitiva del genio aventurero»

¿persistirá? Todavía hoy nosotros podemos identificarnos con Tomás Morales y hacer nuestras sus estrofas:

«Yo prefiero estas calles serias y luminosas
que tienen un indígena sabor de cosa muerta;
donde el paso que hiere las roídas baldosas,
el eco de otros pasos, legendarios, despierta...

Yo prefiero estas plazas, al duro sol tendidas,
que clamaron un día los fastos insulares;
donde hay viejas iglesias de campanas dormidas,
y hay bancos de granito, y hay fuentes populares...»

Los grancanarios del futuro ¿podrán decir que prefieren este barrio donde nació la ciudad hace medio milenio? ¿Podrán ellos como el poeta oír el eco de los pasos calzados de quienes la fundaron, y el paso descalzo de quienes indicaron dónde había que fundarla?

FRANCISCO MORALES PADRÓN